



ISABELLE AUBRY

LA PRIMERA VEZ
TENÍA 6 AÑOS

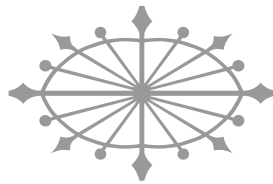
*Un enternecedor testimonio sobre la peor pesadilla
que puede sufrir un niño. Una obra necesaria y poderosa.*

Testimonios

La primera vez
tenía seis años...



La primera vez
tenía seis años...



Isabelle Aubry

Traducción de Roser Berdagué

Rocaeditorial

Título original francés: *La première fois, j'avais six ans...*
© Oh! Éditions, 2008. All rights reserved

Primera edición: marzo de 2010

© de la traducción: Roser Berdagué
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-061-8
Depósito legal: M. 2.227-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.



La puerta Dauphine y otros lugares

En París, por la noche, hay coches que circulan discretamente por calles iluminadas o desiertas en los que viajan parejas correctas desde todos los puntos de vista. Se trata de hombres y mujeres sonrientes, excitados por el placer que disfrutarán a no tardar. Se dirigen todos a la puerta Dauphine.

También yo me dirijo a ella, porque el hombre que me lleva lo ha decidido así. Hace muy poco, antes de ponernos en marcha, Renaud me ha dicho que me había preparado una bonita sorpresa. Sea bonita o no, la única opción que tengo es seguirlo. Es de natural colérico e inclinado a la violencia. Con manos fuertes y nudosas, aplasta los cigarrillos con gesto vivo, brusco, con la misma presteza que emplea cuando suelta golpes. Hace mucho tiempo que Renaud me tiene amedrentada, pero hoy la cosa presenta buen cariz porque le oigo tararear por lo bajo. La juerga que tiene en mente le complace tanto como me inquieta a mí.

En la puerta Dauphine ya ha empezado la danza de coches. Se siguen, se adelantan, se arremolinan en torno a la rotonda. Conductores y pasajeras inspeccionan y evalúan la mercancía expuesta en el vehículo contiguo. Unos parpadeos de los faros en dirección a Renaud indican que el ocupante del coche vecino demuestra un vivo interés. Trato cerrado: Renaud lo sigue a través de los callejones adyacentes. París, periferia, aparcamiento, ascensor, pasillo: no sé aún adónde voy, pero el nudo que siento

en el estómago me dice que estamos llegando al final. La famosa sorpresa, lo presiento, no será un regalo. Entramos en el pequeño apartamento del señor Fulano de Tal: un televisor, una moqueta marronosa, una mesa baja, la señora Fulana de Tal con el pelo teñido de rubio y un largo canapé en el que se acomodan los presentes. A lo que se ve, todos saben a lo que han venido. También yo lo adivino y la angustia que ya siento sube de nivel cuando, tras cerrar la puerta, me quedo a solas con el hombre. A quien no conozco. Que no me conoce. Que empiece a desnudarme. Que se desabrocha los botones de los vaqueros mientras me acaricia los pechos.

Sueño que huyo, que huyo en ese mismo momento, antes de que suceda lo que debe suceder. Pero me quedo porque Renaud, que está con la rubia en la habitación de al lado, así lo exige.

8 Dura mucho. La mirada vaga en el techo y el cuerpo se hunde en los cojines bajo el peso del hombre calvo desconocido. Su vaivén me provoca náuseas. Van pasando los minutos, el calor aumenta, parece que el suplicio no tendrá fin. Vuelve Renaud con su conquista y ahora nos revolvemos los cuatro en el raído sofá-cama, delante del televisor apagado.

Hago un esfuerzo de concentración para no sentir nada. El cuerpo se transforma en un amasijo de algodón a la merced de todos. Cuando cesan por fin los bufidos, sólo siento el deseo de morir.

Tengo trece años y medio y acabo de vivir mi primera orgía.

Habrán otras, muchas más. Orgías de cuatro, de seis, de veinte personas. No contento con meterme en su cama, Renaud hará de mí, niña morena y tímida, una puta rentable y callada. Mancillada a menudo, durante mucho tiempo, en la puerta Dauphine y otros lugares. Colegiala de día, juguete sumiso de noche: ésa es mi vida. Diez individuos, quince a veces, pasarán por mi cuerpo. Yo no cuento para nada. Cierro los ojos. Inerte, desconecto.

Una vez, uno de esos individuos me espeta:

—No parece que te guste... —dice.

¡Listo, el chico! Es evidente que no me gusta. Aborrezco

todo eso. Preferiría, como todas las chicas de mi edad, quedarme en casa mirando la tele o leyendo la biografía de Edith Piaf, a la que admiro, o hasta haciendo los deberes... ¿Por qué no? Preferiría que ningún cerdo emporcase mi vida. Preferiría no ser, noche tras noche, un saco de esperma para docenas de hombres que se desahogan entre mis piernas de niña. Lo daría absolutamente todo para que cesara esta pesadilla. Esas noches inacabables son una agonía. Son una muerte. Y al día siguiente empieza todo de nuevo. Podría echárselo en cara a ese desgraciado que se abrocha los pantalones, pero no digo nada. Callo porque soy una niña y porque Renaud, ese hombre que me viola todas las noches y que me presta a todo aquel que me desee, es mi padre.



Un objeto

Una peña rocosa y porfiada, azotada por brazos de mar, pero acerada siempre. Un espolón hincado en el océano, tierra de salvaje belleza, árida, hostil incluso en días de tempestad. La punta de la Torche sólo se suaviza cuando se adivina detrás de ella, en tierra, la redondez de dunas cubiertas de tulipanes de color naranja... Esa lengua de tierra tan peculiar es el lugar del mundo que prefiero, el corazón del país que llevo en el corazón, el Finisterre. Allí he vivido y, cuando lo he dejado, no ha sido nunca por mucho tiempo. Porque he vuelto siempre, de vacaciones cuando era niña y, ya adulta, con los amores de mi vida. En esa tierra salada se hunden mis raíces. Aquí, frente al mar, mis antepasados se afincaron en un triángulo yodado encerrado entre Audierne, Bénodet y Quimper. Aquí mis tatarabuelas esperaron, solas, a que su marido, su hermano o su hijo regresara de pescar lejos de la costa. Y mis abuelas, con el tocado del Pays Bigouden, pasaron su juventud con los ojos fijos en el azul, esperando a que volviera su padre marinero.

11

Así se habrían ido perpetuando generaciones de pescadores de no haber existido Valentine.

La primera que dejó Bretaña fue ella, mi abuela paterna. Valentine, de joven, es guapa a rabiar; una morena de tez pálida con porte de princesa... Tan guapa es que, poco antes de los dieciséis años, gana el premio de «reina de las bordadoras». Este concurso de belleza no es moco de pavo en la década de 1920, ya

que confiere a mi abuela fama local, innumerables peticiones de mano y un viaje de ida y vuelta a la capital. La galardonada rechaza las alianzas, pero se embolsa el billete. De París se trae bonitas tarjetas postales en gris y blanco y, además, a mi abuelo, René Aubry. No es bretón pero, ¡qué más da! Ese peón de albañil joven que apenas sonríe y habla de manera brusca le cae bien. Es alto, de presencia imponente, esforzado en el trabajo. Es más, lleva oro en las manos.

12 Estamos a principios del siglo XX, la época en que las familias de Francia aspiran al progreso, a las comodidades. Mi abuelo está en condiciones de servírselas en bandeja, ya que conoce los secretos de la calefacción central. Cuando decide afincarse en la tierra de su mujer, cuando llega a mi Finisterre con esa alhaja moderna cuyos hilos él es el único de la región que sabe manejar, el que un día fuera paje se convierte en rey. Equipa todos los alrededores, trabaja a más y mejor y contempla cómo crece la empresa que ha fundado. En la tierra de la película *Caballo del Orgullo*, mi abuelo se queda con la parte del león. Mientras su marido calienta a los habitantes de la zona, mi abuela abre una tienda de electrodomésticos que no tarda en hacerse popular. Poco a poco, Valentine va subiendo la escala social. Su marido y ella acaban instalándose en los confines de aquella campiña agreste, donde ocupan una enorme granja abandonada. Mi abuelo resucita con sus manos la imponente edificación y planta hortalizas en la parte trasera de la casa y flores en la delantera. En el gran parque sólo han sobrevivido unos cuantos boneteros, inmunes a los ásperos remolinos de los vendavales. Salvo estos vegetales retorcidos de savia requemada por el soplo marino, no crece nada, según dicen. Pese a ello, mi abuelo es pugnaz y planta, en un alarde de tozudez, pequeños arbustos espinosos que, con el paso de los años, acabarán creando un lujurioso paseo de abetos, majestuosa y exótica barrera en el árido paisaje granítico... La historia de mis abuelos se parece a ese modesto jardín transformado en parque suntuoso, ya que a fuerza de trabajo se convirtieron en notables del país. No perdieron nunca su afán de trabajadores. Y me lo transmitieron.

Cuando niña, en los periodos de tiempo que pasé con ellos nunca estuve mano sobre mano.

—¡Isabelle, ven acá, quiero enseñarte una cosa!

Y allá voy yo, toda oídos, para escuchar a *papy* mientras diserta sobre filatelia, sobre el arte de reproducir un sauce mediante un esqueje o sobre la técnica de esculpir la pata de una silla... En el gigantesco taller de mi abuelo destaca, en efecto, un torno mecánico que me tiene fascinada. Apoyado en el banco, *papy* trabaja con los ojos fruncidos mientras yo contemplo cómo, en sus dedos, el tocón de pino se transforma por ensalmo en la pata de una cama o en otra maravilla. Estará días ocupado en fabricarme magníficos cubos, tallados y pulimentados, de hermosa madera de color caramelo...

—Isabelle, ¿sabrías decirme, por favor, qué significa la palabra «achaflanar»?

Puedo dar tres respuestas, pero estoy completamente en la inopia. Tratándose de René Aubry, hasta los juegos son educativos: coge un diccionario, pesca una palabra al azar y me deja que adivine su definición antes de facilitármela, así que suelto la lengua. Las dos palabrotas peores son, para él, «amateurismo» y «ocio». Cuando mi abuelo no tiene nada que enseñarme, acudo a mi abuela para que me dé una clase de mejunjes gastronómicos. Rebaño con la lengua la salsera de la langosta a la armoricana, revuelvo confituras humeantes aún y, mientras espero la hora del festín, hago una escapada al parque donde me dedico a capturar bichos. Una vez aparezco en casa, a la hora del aperitivo, cargada con un cubo dentro del cual hay una serpiente magnífica y reluciente que acabo de cazar.

—Mira qué hermosa culebra he atrapado, *papy*... Bonita, ¿no?

René Aubry, estoico siempre, me ordena prestamente que me aparte, se mete en el taller y sale con el cortacéspedes, que res triega frenéticamente sobre mi magnífico trofeo de caza.

Ese día, además de muchos mimos de consuelo, recibo una clase sobre animales peligrosos. Aprendo a distinguir una inofensiva culebra de una malévola víbora, pero también a cocinar, a hacer todo tipo de chapuzas, a coser, a hacer de jardinera,

a jugar al croquet... Con mis abuelos Valentine y René aprendo mil cosas.

Y con Augustine, aprendo lo que es querer.

Augustine es mi otra abuela, la madre de mi madre. Augustine es *mémé*. Sólo de pensar en ella se me encoge el corazón: esa buena mujer que nunca en la vida ha dejado de llevar el alto tocado del Pays Bigouden. Todavía suenan en mis oídos sus palabras dulces en lengua bretona y noto en mis dedos el peine hincado en sus cabellos grises, que manoseo cuando me sostiene en brazos... Quiero más a mi *mémé* que a nadie de la familia. Y ella me corresponde con creces.

Su casita, además, está a dos pasos de la playa y a mí me encanta la playa.

Así que dispongo de tres minutos, corro, vuelo a la playa. Sola, me zambullo en las olas, chapoteo en el agua, me sumerjo en los feroces golpes de mar. Pasa el tiempo, a veces salgo por la mañana y no vuelvo hasta la noche, cubierta de barro, sucia como una cerda, con las mejillas arreboladas y las pantorrillas cubiertas de arañosos. ¡Pero feliz! Y Augustine me espera en la puerta, furiosa e inquieta.

14

—Isabelle, ¿no sabe usted qué hora es?

La abuela suele liarse con los idiomas, mezcla el bretón con el francés, se pierde y de pronto me trata de usted, lo que en su lengua nativa es muestra de cariño. Pero, en realidad, está furiosa. Me he olvidado de merendar o me he revolcado por tierra, o le he cogido su bici negra, demasiado grande para mis piernas cortas de niña, y me he caído con tan mala pata que un vecino me ha tenido que llevar a casa, medio atontada.

Mémé me prohíbe seriamente que vuelva a coger su bicicleta.

—Nunca más, ¿entendido?

Pero la cosa no tiene importancia, porque no ando escasa de ocurrencias a la hora de divertirme y pronto descubro juegos aún más divertidos, como ir a cazar grillos o meter una aguja larga en el enchufe de la electricidad... Cuando a Augustine se le acaba la paciencia, recurre al látigo de nueve colas; a veces surte efecto o por lo menos trata de marcar límites. A pillo, pi-

llo y medio: tan pronto como vuelve la espalda, arranco disimuladamente una de las cuerdas del látigo. Con el tiempo, el pobre acaba totalmente desplumado, y cuando Augustine intenta recurrir a él no le sirve de nada... Yo me río para mis adentros viendo la mala pasada que le he jugado. ¿Se percata de mi astucia? Es probable, pero cierra los ojos. ¡La buena de Augustine!

A veces la enloquezco con mis diabluras. Cuando llego a casa con dos horas de retraso se le estremece la toca al verme con el pantalón corto roto por haberme dedicado a coger moras entre las zarzas. Pese a todo, es dura y fuerte porque las ha visto de todos los colores. Su marido, mi abuelo, era pescador de altura. Cuando salía de casa para emprender los caminos del mar, espetaba a su mujer como quien no quiere la cosa, tal vez para conjurar la suerte:

—Seguro que esta vez no vuelvo.

Y su mujer, hablándole en bretón como él a ella, le contestaba que no se preocupara y que siempre le decía lo mismo. Hasta que el destino acabó por darle la razón y murió en el mar. Pero no ahogado, no: cayó a plomo en cubierta, fulminado por un aneurisma. En aquel entonces, cuando ocurría uno de esos dramas, la tripulación no perdía tiempo en sentimentalismos y los compañeros ataban al muerto con una cuerda y lo llevaban a rastras una o dos horas sumergido en el Atlántico para simular que se había ahogado. Se etiquetaba el suceso de accidente de trabajo y de ese modo la viuda tenía derecho a una pensión. Ya fuera por exceso de corazón o por falta de tripas, los compañeros de mi abuelo no siguieron la tradición y dejaron su cadáver en cubierta, lo que obligó a Augustine a remangarse. Sola, con cinco hijos a su cargo, sin ningún salario, la bretona tuvo que ponerse a trabajar en la fábrica. Año tras año, desde la mañana hasta la noche, trabajó en la conservería de sardina y cuidó a la chiquillería con la energía que todavía le quedaba. Y después de madre coraje, pese a estar desbordada, aún le quedaron arrestos para ser una abuela cariñosa.

Me acuerdo confusamente de mis manos en las suyas sosteniéndome, cuando yo era muy pequeña, a través de las dunas cubiertas de romero para enseñarme a caminar. Me acuerdo

perfectamente de su olor en la almohada cuando, por la noche, me arrimaba a ella con la nariz pegada a su cuello antes de caer dormida.

A su lado paso los mejores momentos de mi infancia, es decir, de mi vida. Ella me protege, me consuela, me quiere y me divierte. Gracias a Augustine, existo.

Con mis padres, es otro cantar.

16 Del matrimonio de Augustine y de su marinero nacerá Marie, mi madre, la menor de cinco hijos, que sin duda se vio privada de su madre. Más adelante soñó con estudiar, pero por desgracia tuvo que ponerse pronto a trabajar. De René y Valentine nació mi padre, Renaud, niño mimado que disfrutó de todo lo que sus padres no habían tenido en su juventud. Se dedicó a electricista, pero sentía envidia de su hermano, que era ingeniero. Yo soy el fruto de la unión de aquella frustración y de aquella acritud, un fruto que germinó por inadvertencia. Mis padres vivían a pocos kilómetros de distancia y seguramente pasaron de vecinos a compañeros y de compañeros a novios. Así pues, fui concebida pero no deseada. Mi madre quedó embarazada cuando todavía no había cumplido los dieciocho años y soñaba con un gran futuro y con un trabajo en la ciudad. Para la menor de los hermanos, aquel embarazo es igual a catástrofe porque echa por tierra sus proyectos dorados. ¡Adiós estudios! Yo abro a Marie el camino del ayuntamiento. Allí posa para la fotografía, novia guapa envuelta en tules y con un ramo de blancas azucenas, cogida del brazo de mi padre. ¿Enamorados? Tal vez sí, pero sobre todo obligados por las circunstancias.

—Cuando supe que estaba embarazada, vi que había caído en la trampa.

O sea que, a partir de los primeros segundos de mi existencia soy un regalo del azar que no quiere nadie. Pasarán los años, mi madre no me ahorrará ningún detalle y sabré por ella que lo intentó todo para evitarme. Pasará nueve meses derramando

ríos de lágrimas y saltando de roca en roca para tratar de liberar su cuerpo de aquel feto pequeño pero porfiado que soy yo. Pero todo es inútil porque estoy bien agarrada. Ya entonces doy muestras de tenacidad.

Pese a todo, nazco rebosante de salud el 11 de abril de 1965 en el hôtel-Dieu de Pont-l'Abbé. Mi madre me da de mamar durante un tiempo hasta que un buen día sus pechos se declaran en huelga. Demasiadas contrariedades, por eso no tiene nada que dar a la niña hambrienta.

—Discutí con tu padre y se me cortó la leche —me cuenta.

O sea que mis padres ya discuten. Hay que admitir que Renaud Aubry es todo un ejemplar: colérico, egoísta, imprevisible. Siendo niño, lo que más le divertía era dar un empujón a la vecina, cargada con la lechera. Mi padre disfrutaba al ver la leche derramada, una broma cruel. Ya adulto sigue cultivando esa faceta sádica. Cuando viaja en coche, a la que ve a un desconocido montado en un ciclomotor da un pequeño toque de costado al volante para que la moto y su ocupante caigan en la cuneta... Mi padre es dado a los odios fáciles: los árabes, los negros, los muy jóvenes, los muy viejos... Globalmente, sólo se ama a sí mismo. Convencido de que es un ser fuera de lo común, discute a menudo con su padre, a quien reprocha que no lo considere en su justo e inmenso valor. Él, el electricista, tiene una cuenta pendiente con la vida, con su hermano ingeniero, por eso la ambición lo corroe por dentro. Una nadería le hace perder los estribos y está convencido de que el mundo entero le tiene envidia y le roba. Sintiendo orgulloso de su cinturón negro de judo, un deporte que practicó en la marina, no duda ante el puñetazo. Armas, fusiles, navajas... lo encandilan. Y más aún, las peleas. Un día se deja llevar por los nervios y arremete contra mi abuelo con gritos y alaridos. El día siguiente le tocará el turno a su cuñado, en la casita de Augustine. Basta cualquier insignificancia para que suba el tono de voz, reparta puñetazos, vuelque el aceite sobre el fogón de la cocina y las llamas lleguen al techo. Yo tengo tres años y el terror me petrifica.

Así es mi padre, ese padre a quien quiero por encima de todo y que tanto miedo me da. Porque yo quiero a mi padre, es evi-

dente, ya que es fuerte, inteligente y, además, es mi papá. Y él también me quiere, aunque a su manera. O sea, mal. Yo soy la carne de su carne, la sangre de su sangre y, como él se quiere tan desmesuradamente, también a mí me quiere un poco. Como digna hija de su padre, quiere que yo sea la más guapa, la más pícara, la mejor educada. Lo que soy de veras, lo que pienso, mis dichas y desdichas, le tienen sin cuidado. De hecho, existo para conferirle valor con mi existencia. A ojos de su esposa querría ser el centro del mundo; querría que Marie lo admirase, que lo acompañase allí donde vaya. Pero con ella las cosas no marchan tan bien como conmigo.

18 Mi madre, casada con un egocéntrico de pura cepa, a veces se hastía de sus prontos y de sus rabietas. Sus discusiones son mi pan de cada día en aquel apartamento de la periferia parisina donde vivimos. Mi padre ha encontrado en la zona un trabajo de reparación de electrodomésticos, mi madre es contratada como secretaria y me descarga en casa de una ama de cría del vecindario... Pero un día en que mi madre va a recogerme antes de la hora prevista, sorprende al marido de la tata de barrio en plena sesión de desahogo, es decir, asestándome sonoros cachetes y yo lanzando alaridos. ¡Cunde el pánico! Mi madre me retira al momento de aquella indeseable casa y pide ayuda a su madre. Así pues, mi queridísima abuela Augustine desembarca en Carrières-sur-Seine con su toca y su maleta, dispuesta a custodiarme. El trabajo es mucho y el dinero poco y, además, hay que contar con una niña y una suegra a todo estar... Entre mis padres no escasean las trifulcas y a menudo vuelan ceniceros por los aires. Una noche, cuando apenas tengo tres años, mi madre acaba por llevarse a su hija y a su madre y henos aquí escapando las tres por la boca del metro... Yo no comprendo nada, desfilan estaciones ante mis ojos y preguntas por mi cabeza. ¿Por qué he tenido que dejar mis juguetes? ¿Por qué mi papá se ha quedado en casa?

Así transcurre mi primera infancia, entre discusiones y angustias. Me veo privada de esa seguridad tan necesaria a esa edad para crecer serenamente. Nunca me sentí protegida al lado de mis padres. Basta una disputa para que uno de los dos se vaya

de casa dando un portazo o para que me envíen a casa de mis abuelos o a otro sitio cualquiera... Temo siempre el conflicto. A menudo me pregunto si por la noche dormiré en mi cama. No sé nunca cómo será mañana.

Mis padres hacen que crezca intranquila.

Así pues, cuando están enfadados, es el horror. Y cuando no lo están, la situación no es mucho mejor porque entonces quieren divertirse, montar a caballo, ir a bailar, tomarse unas copas y hacer el amor, puesto que ya no hay guerra entre los dos. En cualquier caso es como si yo no existiera.

A la edad en que estoy a punto de ingresar en el parvulario mis padres deciden regresar a su Bretaña natal. Mis abuelos Valentine y René se han jubilado y resuelven repartir sus bienes, ahora cuantiosos, entre sus dos hijos. Reciben una casa cada uno con una tienda en la planta baja. Corresponde a mi padre la tienda de electrodomésticos: él los repara, instala y pone en funcionamiento, lo que le permite meterse en casa de los clientes y hacer de las suyas; mi madre se ocupa de la tienda. Nosotros vivimos en el piso de arriba, en un apartamento que mi padre reforma según sus gustos y transforma en una especie de *loft*. Está de moda en la época y nada puede gustarle tanto como una vivienda sin tabiques, porque así puede ver y ser visto. Mi padre —dictador, obsesivo, manipulador— tiene el carácter idóneo para ser el gurú de una secta, algo así como un hippie perverso... Tiene amigotes hippies, a quienes designa con cierta condescendencia como los «yeyés». Pero Renaud Aubry es un pequeño burgués, el hijo del presidente del Sindicato de Comerciantes, un jefe de empresa que vive en una aldea de provincias. En consecuencia, formará discretamente su comunidad en su propia casa.

Empieza por derribar los tabiques del apartamento donde vivimos. ¿Acaso sirven de algo? Mi padre es alérgico a la intimidad de los demás. En cuanto a la suya, todos deben aprovecharse de ella. Se pasea desnudo por casa cuando se le antoja y, cuando va al retrete o quiere ducharse, deja sistemáticamente abierta la puerta. Sin darle la más mínima importancia, mi padre crea un apartamento sin barreras, sin fronteras, un espacio

desprovisto de límites. Coloca el lecho conyugal en la sala principal; el salón y la habitación de mis padres son una misma estancia. Yo continúo teniendo mi habitación y las paredes que encierran el cuarto de baño también sobreviven a la demolición, pero en mi casa no hay puertas cerradas.

Por eso una tarde, a la salida de la escuela, tras subir la escalera que conduce a nuestro apartamento, veo a mis padres acariciándose en la cama, completamente desnudos. Han oído mis pasos, saben que estoy allí, muy cerca, pero eso no les impide seguir con sus actividades. No comprendo muy bien lo que ocurre, pero sé que no estoy en mi sitio. Siento una incomodidad que me empuja a refugiarme en mi cuarto. Es la primera vez que mis padres hacen el amor ante mis ojos, pero no será la última. Cediendo al instinto, a menudo se abalanzan uno sobre otro y, si en aquel momento paso por delante, asisto al espectáculo. A veces, con ocasión de un paseo dominical por el bosque, se despierta la libido de mi padre y agarra a mi madre por el brazo y la posee entre los arbustos. Yo me quedo en el borde del camino contando moscas, siguiendo sus instrucciones, tarareando por lo bajo para no oír sus aspavientos.

20

Tal vez mi presencia próxima les excita. O quizá tengo tan poca importancia que ni siquiera les importa. De lo que yo pueda sentir no se preocupa nadie. Tanto si retozan como en las demás actividades de la vida, no cuento para nada.

Mi madre se ocupa de la tienda, mi padre de la clientela y yo vengo después, tratando pese a todo de colarme en los huecos que deja su distribución del tiempo. No es fácil. A mediodía viene Suzanne, una asistente de mis abuelos que me prepara la comida. Parece que la veo, llorando porque no quiero comer. No, no quiero compota, no quiero que me la dé la cariñosa Suzon, quiero que me la dé mi mamá y no hay más que hablar. Cuando aparece mi abuela, desesperada, me avengo a tragar unos bocados. A la salida de la escuela, me quedo en la calle con mis compañeras hasta que cierra la tienda o me refugio horas enteras en la caseta de mi perrita *Dolly*. El único recuerdo agradable que conservo de mi madre es el del día que vamos a buscar a esta encantadora teckel. Fue un flechazo para las dos. Así que vi

su carita, la cogí en brazos y ya no volvimos a separarnos. Duermo la siesta acurrucada en sus cartones, arrimada a ella, juego incansablemente a pelota con ella. Porque *Dolly* no es como mi madre, que siempre tiene otros asuntos entre manos. ¡Me gustaría tanto que por la noche, después de cenar, estuviera un rato conmigo! Por eso hago lo imposible para atraer su atención y le pido que me dé un beso, que me haga trenzas para que los cabellos no se me enreden mientras duermo, le doy mi pijama fingiendo que no sé ponérmelo.

—No sé donde está lo de delante y donde lo de atrás. No lo entiendo, mamá, ayúdame, por favor.

Todas las noches la misma comedia, mi madre pierde la paciencia. La molesto, suspira, insisto, la pongo nerviosa. Quiero que me dedique tiempo, que acaricie mis largos cabellos, que nos hagamos mimos. Pero a ella le basta con lo mínimo. Cumpló cuatro años, cinco, seis... mi día a día de niña no interesa a nadie.

Una noche en que mis padres han salido para ir al restaurante me quedo sola en casa, como de costumbre, con mi *Dolly*, que está preñada. Se pone de parto aquella noche y la veo, trabajosa y doliente, y seguidamente presencio cómo de su vientre sale una bolsa... Asisto, aterrada, al nacimiento de unos teckels minúsculos y mojados. ¿Qué hago? ¿Cómo puedo ayudarla? Trato en vano de localizar a mis padres por teléfono. Volverán tranquilamente, ya entrada la noche. Y sonreirán apenas cuando les cuente las angustias que he pasado.

Así transcurren mis primeros años, sembrados de soledad y aburrimiento. Recuerdo claramente el sentimiento de vacío que siento cuando me abandonan mis padres para ir a divertirse por su cuenta. En una de estas ocasiones, durante una de sus épocas buenas, deciden ir a dar un paseo por la playa después de la comida dominical en casa de mis abuelos. A mí me dejan en casa con *Diane*, la perra, y con *papy*, quien, en parte a causa de la digestión, se queda dormido al momento. Yo me aburro... o sea que me dedico a matar el tiempo lo mejor que puedo: un bombón para mí y otro para *Diane*. Agotada la caja hasta que no queda ninguno, me lanzo al asalto de la habitación de mami.

Ataco el joyero, meto mano en todo lo que brilla, me lo pruebo todo y después distribuyo las joyas por todos los rincones de la casa y extravió de paso un brazalete de oro que no aparecerá nunca más. Tras consumir todas las Solutricinas vitamina C con que me topo, decido que ha llegado el momento de hacer de jardinera. Mientras mi abuelo sigue en pleno concierto de ronquidos, me cuelo en su taller y me apodero de su magnífica podadora con mango de madera. En la entrada de la propiedad, un imponente bonetero de varios metros de altura da la bienvenida a los visitantes. Oblongo, en forma de huevo, es el orgullo de mi abuelo, que desde hace años cuida de este árbol con gran cariño. Intento podarlo, pero le hago un enorme boquete de un metro de diámetro y de cincuenta centímetros de profundidad. Cuando mis padres vuelven de dar el paseo, se encuentran con el estropicio:

—¿Se puede saber por qué lo has hecho?

—No lo sé.

22 Pero sí lo sé. Quiero que me tengan en cuenta. Habría podido decírselo con estas palabras. Pero, en lugar de eso, me paso el resto del día vomitando.

Que yo esté enferma no despierta mayor interés en mis padres. Un día, cuando tengo seis años, vuelvo de la escuela con flojera en las piernas y un zumbido en los oídos. Seguramente tengo la gripe, pero en la tienda hay gente. Mi madre me mete cincuenta francos en el bolsillo y me envía, sola, a ver al médico. El veredicto es sarampión. Antes de desplomarme en la cama, debo ir a la farmacia. Después seguirán unos cuantos días de aburrimiento hasta que mis padres deciden que ya es hora de volver a la escuela. Pero sigo enferma. La maestra me devuelve a casa así que me ve, por lo que Valentine tendrá que abrirme las puertas de la suya para que pase la convalecencia en sus brazos amorosos... En otra ocasión vuelvo a casa con la rodilla ensangrentada debido a una memorable caída en bicicleta.

—Sube al piso y lávate —me suelta mi madre.

La herida, sin embargo, merece unos puntos de sutura, pero no me coserán y la cicatriz que me decora la pierna sigue recordándome hasta el día de hoy el drama que fue mi infancia. Mi

madre no tuvo nunca tiempo para mí. Iré siempre sola al dentista, al médico, al peluquero. Mis padres no me obsequiarán nunca con caricias, no me darán seguridad, no me permitirán intimidad alguna. A los seis años sé muy bien que yo, a sus ojos, no existo. El futuro me demostrará que no me equivoco. Soy un objeto molesto para mi madre y deseable para mi padre.



Nuestro secreto

Será en la bañera donde tendrá lugar mi primera muerte.

24

Tengo seis años y, metida en la bañera, chapoteo con mi padre. Me mira fijamente mientras pataleo sumergida en agua caliente y me divierto salpicando el suelo a mi alrededor. Pero él juega mentalmente a otra cosa y, sin decir palabra, me coge la mano y la dirige entre sus piernas al tiempo que me indica el ritmo a seguir. Pasados unos largos minutos, mi padre hace una parada. Me dice que ha terminado el baño y que tengo que ponerme a gatas en el suelo. Le obedezco sin comprender lo que pasa, ya que se aparta de lo acostumbrado, es inquietante, extraño. Tengo miedo, pero ¿por qué ese miedo? Estoy empapada y chorrea agua de mis cabellos, yo sigo los regueros con la mirada. Noto que mi padre se arrodilla detrás de mí y siento una cosa dura que se restriega contra la base de mi espalda.

Tengo ganas de llorar. Me entra el deseo de escapar corriendo, huir de allí, cobijarme en la caseta de mi *Dolly*. Pero sigo allí, a gatas sobre el mosaico. Mi cuerpo es un bloque de cemento, la cabeza me zumba. Lo que acaba de ocurrir es grave, anormal: me lo dice el silencio reinante cuando mi papá se pone el albornoz, me lo dice la expresión seria que adopta después. Sin embargo, me dice que le gusta que haya querido jugar con él, aunque se trata de un juego que es sólo nuestro y que no hay que decirle nada a mamá.

—Ni una palabra, ¿comprendes? Los demás no lo entenderían.

El tono de voz es ahora imperativo. Reconozco esa actitud aviesa que no admite réplica. La mano se demora en el pomo de la puerta. Yo asiento: sí, será nuestro secreto.

No tengo que hablar, pero sí gemir. Cuando no está mi madre, mi padre me enseña a gemir, porque así le gusta más. A veces es después del baño. Otras, mi padre aprovecha un hueco en su empleo del tiempo y que mi madre ha salido de compras o está ocupada en la tienda para prodigar sus mimos a su Isa querida. En esos días ocurre en la cama, la mía o la suya.

Después, puedo volver a mis juegos.

Odio sus manos en mi cuerpo. Temo esos instantes sucios, pero temo más pedirle que suspenda sus manejos. Por tanto, no digo nada. A veces siento que las lágrimas me resbalan por las mejillas, pero el placer absorbe tanto a mi padre que no lo advierte. Por algo soy su hija y su muñeca, dócil y silenciosa.

—¡Has de ser muda como una tumba! —observa con los ojos fijos en mí.

Al parecer, está contento de mí. Según él, no todo el mundo dispone de una vida igual. De todos modos, no tiene motivos para inquietarse porque yo lo entiendo perfectamente, entiendo que si cuento lo que sea a quien sea, caerá sobre nosotros todo un diluvio de problemas. ¿Separarme de él? ¿Eso quiero? ¿Quiero que hagan daño a mi querido papá? ¿Quiero que aparezca la policía en nuestra casa, se lo lleve y lo aparte de mí? ¡No y mil veces no! Si cuento lo que sea arruinaré la vida de todos nosotros y será por culpa mía. O sea que me callo, lo que él me dice me mantiene atada.

—Tú eres la única que me quiere de veras.

Me lo repite a lo largo de mi infancia. Y en esto lleva razón, porque yo le quiero tanto como lo temo. Ni sus caricias inmundas ni los azotes a culo descubierto que me propina hacen que lo quiera menos. Un día, ya con siete años cumplidos, mi padre vuelve del trabajo. Siente un malestar repentino y se desploma ante mí. Siento como si el corazón me fuera a estallar. Mi madre se lanza precipitadamente sobre él, le abraza el torso y, ca-

minando a trompicones, nos dirigimos al hospital, que se encuentra a pocos pasos de nuestro apartamento. Mi padre sufre una meningitis y los médicos ordenan su inmediato traslado a Nantes. Vivo momentos de angustia atroz pensando que mi padre morirá y yo no estaré a su lado... Pero no muere. Cuando voy a visitarlo al hospital me lo encuentro en cama, rodeado de parientes. Después de una hora de conversación, los visitantes deciden ir a comer al restaurante de al lado y abandonan al enfermo en su lecho. No yo.

—Yo me quedo con papá.

A partir de este día Renaud Aubry no se cansará de repetirme que yo soy la única que lo comprende. Me dice que yo soy la más guapa, la más inteligente de todas las mujeres. No ahorra frases bonitas para ensalzar ese amor filial que pisotea en la intimidad, pero que sabe adornar profusamente. De mí exige lo mejor. Quiere que sea la primera de la clase, la más obediente en casa y, sobre todo, que llene los vacíos que hay en su vida. Tiene la constante necesidad de que alguien se ocupe de él y es evidente que no le basta con su mujer, tanto más cuanto su relación con ella, como la luna de marzo, tan pronto señala buen tiempo como tempestad. Así pues, me toca hacer todos los papeles, desde el de compañera hasta el de confidente, el de criada y el de objeto sexual. Me cuenta con todo lujo de detalles sus problemas de pareja e incluso me enumera lo que gusta o disgusta a mi madre en el terreno erótico. Me exige que esté a su lado cuando trabaja, debo estar cerca de él para irle pasando las herramientas. ¿Que le entran ganas de hacer *jogging* por la playa o de jugar al ajedrez? Pues como a mi madre no le gusta ni una cosa ni otra, yo soy su sustituta. Caen sobre mí infinitas partidas de ajedrez, que me sientan fatal; recorro kilómetros en bicicleta bajo la lluvia y sigo a mi padre corriendo por la playa, mientras él prosigue a cortas zancadas. Después de una hora de carrera estoy que no puedo más, los muslos me queman... pero él no lo advierte siquiera. ¿A mi padre le entran unas ganas locas de ver cine? Pues hay que acompañarlo a ver la película que se le antoje. La primera que veré en la vida será *El chacal*, la historia de un asesino a sueldo contratado para matar a De Gaulle; es decir, un género

nada apropiado para una niña de ocho años. Pero lo importante es que mi padre tenga siempre compañía y que pueda satisfacer sus deseos sean del tipo que sean. Como su mujer le da esquinazo, se vuelca sobre mí. O ella o yo, que viene a ser lo mismo, ya que como dicen todos, y mi padre el primero, soy el vivo retrato de mi madre. Además, a ella le gusta que nos vistamos igual: cuando queda embarazada de mi hermana hace que le confeccionen una bonita túnica azul marino muy amplia, destinada a disimular sus redondeces y, como sobra tela, me confeccionan otra igual para mí en talla súperpequeña. O sea que soy una Marie en miniatura, una Marie mejor, porque soy sumisa y estoy siempre disponible. Así me quiere mi padre, o eso creo yo. Se masturba sobre mí y me roba la infancia, pero si lo hace es porque me quiere. Así me lo dice y yo estoy convencida de ello.

—Te quiero tanto que daría mi vida por ti —me dice.

Pero yo no deseo que me quieran de esa manera. Por eso, cuando un día mi madre me da un billete para que vaya al peluquero, voy decidida con una idea fija en la cabeza:

—Muy corto, por favor.

—¿Seguro, Isabelle? ¿No prefieres los cabellos largos?

No, nada de cabellos largos, estoy harta de toda esta pelambarrera, quiero ver cómo caen a mis pies esos largos mechones negros. Quiero ser chico. Así, quizá, mi padre no me querrá tanto y me dejará en paz. El peluquero hace lo que le digo, pero mi estratagema no surte efecto, porque mi padre sigue queriéndome pese a mis cortísimos cabellos. Me quiere tanto en el cuarto de baño como en su cama conyugal. Me ama de día cuando se va mi madre o cuando anochece y ella sale.

No sé cuánto tiempo duró ese infierno. Sólo me han quedado imágenes que son como fogonazos y recuerdo, por ejemplo, la toalla que mi padre extiende sobre las sábanas para no dejar manchas sospechosas o el sexo de mi padre que asoma por encima del agua jabonosa de la bañera y el contacto de su cosa en mis nalgas. Es todo lo que recuerdo, pero basta para que, aún hoy, me provoque arcadas, pese a que han transcurrido treinta y siete años. En esos tres años mi madre no descubre nada. O muy poco.

Mamá es el fantasma de mi primera infancia. Incluso presente, está ausente. Está atareada en la tienda durante largas jornadas, preocupada el resto del tiempo. Creo de veras que no le intereso. Me dirige y basta, porque lo importante es guardar las apariencias, que la tienda funcione, que yo tenga buen aspecto y vaya bien vestida, que los vecinos vean en nosotros a una familia sin problemas. Por consiguiente, no me falta nada. Nada salvo cariño, complicidad, mimos, conversación. Todas esas cosas «superfluas», todo lo que compone ese lazo tan dulce que se establece entre un niño y su madre se cuele por el desagüe. Lo que quiere decir que, en aquel entonces, mi madre está tan distanciada de mí que no se encuentra en condiciones de advertir el calvario que yo vivo por causa de su esposo. Pese a ello, debe de barruntar algo porque un día, en un momento en que estamos solas en nuestro apartamento y la tienda está cerrada, yo debo de tener unos siete u ocho años, se me acerca muy seria y con el ceño fruncido:

28

—Isabelle —me dice—, hazme el favor de desnudarte y de tenderte en la cama.

Obedezco. Y ella me examina en silencio de pies a cabeza, me inspecciona incluso el sexo, tratando sin duda de descubrir qué está sucediendo... La inspección dura unos minutos. Yo no comprendo absolutamente nada. ¿Acaso sospecha algo? ¿Habrá sorprendido a mi padre en una actitud equívoca conmigo? De todos modos no me pregunta nada. Y la vida prosigue como siempre. O casi.

Porque aunque yo no diga nada a mi madre del calvario que sufro, mis actos sustituyen mis palabras y he empezado a estropear la bonita postal que es nuestra vida de familia. Comienzo a mearme en la cama y, al ver que no basta con esto para atraer su atención, le robo dinero del portamonedas. Primero de vez en cuando, pero después muy a menudo. Pero tampoco se produce ninguna reacción por su parte. Y entonces me decido al asalto directo de la caja de la tienda y me embolso una bonita moneda de cinco francos con la que compro una caja de herramientas que regalo a mi primo. La familia acaba por reaccionar:

—¿Cómo es eso? ¿Cinco francos? Mira, Isabelle, eso no se hace, porque el dinero cuesta de ganar. Anda, ve a jugar.

Y aquí termina la historia. Pues bien, si se trata de ocupar el puesto de mi madre sin que lo sepa nadie, lo haré a fondo. Junto a la cama de mis padres hay un armario impregnado del olor de mi madre y de sus vestidos. Allí guarda, cuidadosamente dobladas, sus blusas con sus minúsculos botones dorados, sus vistosas blusas de algodón y, colgados de las perchas, sus vestidos escotados que tan bien sientan a su esbelta figura. Sé que lo que hago no está bien, nada bien, pero pese a todo manoseo todas esas vestimentas de colorines. Me siento empujada a ello. Tengo que abrocharme su largo blusón sobre mi pecho de niña. Tengo que ponerme sus escaarpines relucientes, demasiado grandes para la pequeñez de mis pies. Su falda corta me llega a los tobillos y tengo que sujetarme la parte trasera con una pinza del cabello para que no se me enrede en los pies. No me gusta lo que hago, pero hay una fuerza que me empuja. Sobre la cómoda están expuestas un sinfín de cajitas que exhalan perfumes. Cojo la polvera y me espolvoreo el rostro con su contenido; a continuación sigue el colorete en las mejillas y el carmín de labios. Ya estoy lista, totalmente emperifollada. Lo que hago me da miedo, la indumentaria que llevo me avergüenza, pero es una especie de desafío que yo misma me lanzo. Quiero que me vean ataviada de ese modo y eso no me corta en absoluto. Vestida como la sota de bastos, pintada como una muñeca de feria, me cruzo con algunos vecinos. Detecto la mirada de reprobación que me dirigen y me entra una vergüenza insoportable. No hay duda de que, en el fondo, lo que quiero es que propaguen la noticia a quien la quiera oír. Pero no la quiere oír nadie o tal vez los vecinos discretos prefieren reservársela. No viene nadie a casa para comentarla. Ya que no se ha producido el escándalo, paso a la velocidad superior.

En la escuela, me vuelvo una niña díscola. Sin el más mínimo esfuerzo soy una buena alumna pero, en lo tocante a comportamiento, voy de mal en peor. ¡No es para menos! Como en casa sufro lo mío, a la que escapo de la órbita de mi padre me empleo a fondo y no temo nada ni a nadie. Además, me encan-

ta hacer lo que se me antoja. Ya que mis padres dejan que yo me las componga, aprendo a ser independiente, una actitud que se convierte en una segunda naturaleza... O sea que, en la escuela, soy una líder. Tengo mi pandilla, un grupito de diez compañeros, niños y niñas de mi edad, a los que tengo dominados y a quienes obligo a hacer lo que quiero. Entre clase y clase nos dedicamos a pelearnos. Yo me encargo de organizar las luchas, en las que también participo de manera activa. Las maestras me dedican algún que otro rapapolvo pero, como soy tan buena alumna, las reprimendas no son severas. En el comedor soy la jefa de mesa, condición valiosísima que me permite imponer la ley. Disfruto excediéndome en mis funciones y tan pronto prohíbo a uno que coma como ordeno a otro que termine las espinacas pese a que le repugnan. Mi prima todavía se acuerda de esta época, en la que me tienen por una auténtica tirana. Preciso es decir que tengo buena escuela y que me limito a reproducir el talante avieso de mi padre, lo que me da un excelente resultado. Mis compañeros saben comportarse cuando están conmigo. En la parroquia, que frecuento los jueves, tengo unas compañeras que arrastro a incursiones muy particulares. Nos colamos en la iglesia cuando el cura está atendiendo a sus ocupaciones y saqueamos a conciencia el cepillo repleto de monedas. Seguidamente, con los bolsillos a reventar, corremos a la pastelería de la esquina, donde despilfarramos el botín. ¡Nos hinchamos de colas y de regaliz! El cura no nos pesca nunca; ni él ni nadie. Es evidente que hay tropelías que pasan fácilmente inadvertidas...

Creo que mi padre inicia sus manejos conmigo cuando mi madre está embarazada de mi hermana. Mi madre, escasamente dotada para serlo, todavía se siente menos madre a medida que el vientre le aumenta de volumen. Pero lo peor está aún por llegar. El día que nace mi hermana, mi padre abre la puerta para darme la gran noticia. Es por la mañana y yo todavía estoy profundamente dormida, por eso refunfuño y vuelvo a dormirme al momento. ¡Por favor, quiero aprovechar tranquilamente ese sueño! Todavía no sé que a partir de ahora tendré pocas ocasiones de dormir hasta las tantas.

Mi madre vuelve del hospital con un hermoso bebé de pelo negro y piel blanquísima en brazos. Es Camille, mi amadísima hermanita, que deposita a mi lado en la cama donde duermo. Me fascinan sus finísimos cabellos, los pliegues de su piel rosada. ¿O sea que un bebé es eso? Parece tan frágil, no lo imaginaba tan pequeño. Mi madre le retira el pañal, retira los imperdibles y me da instrucciones:

—Mira, eso es el pañal. Hay que doblarlo en forma de T y prenderlo a los lados con los imperdibles sin pinchar la carne. Ahora tengo que ir a la pescadería, o sea que termina tú.

Termina tú... Yo era ya la segunda esposa de mi padre y a los seis años y cuatro meses me convierto en la madre de mi hermana. La saco de paseo con un cochecito azul muy viejo que tengo que empujar con todas mis fuerzas porque abulta casi tanto como yo. Después del paseo viene la siesta y, si mi hermanita no se ha dormido, no puedo salir a jugar. Así pues, permanezco a su lado haciendo votos para que acabe de lloriquear y el sueño la rinda.

¡Hasta intento hipnotizarla, pero todo es en vano! En cuanto deja de llorar y se queda con los ojos entrecerrados salgo más aprisa que corriendo de la habitación, pero de puntillas, para reunirme con mis amigas y saltar a la comba o lanzarme a cualquier trifulca... Me escapo sin hacer ruido a través de la moqueta, pero Camille debe de tener un oído muy fino porque, a la que me alejo, rompe a llorar otra vez tan fuerte como si quisiera reventarse los pulmones. Entonces, contrariada hasta lo indecible, vuelvo junto a su cuna y le canturreo una cancioncilla, esperando que por fin se duerma... Pero es monísima con el diminuto pulgar metido en la boca... Mi hermana es todo mi amor, pero también mi pesadilla: cambio de pañales, paseo, biberón, otro cambio de pañales, siesta y otro biberón. Por culpa de ese bebé nuevecito estoy clavada en casa. Sus gritos me traspasan los tímpanos y sus necesidades me agotan. No tengo ni edad ni deseos de hacer de mamá. Y además, no entiendo nada. ¿Por qué tengo que ser yo la que atiende a la niña? ¿Por qué tengo que hacer de madre de mi hermana? ¿Por qué mi madre no me quiere como una madre? ¿Por qué mi padre me quiere

como si fuera su mujer? Yo veo que, en el caso de mis compañeras, el mundo funciona de otra manera... Cuanto más tiempo pasa, más aumenta en mí la sensación de anormalidad.

Dirijo contra mí esta angustia que me borbotea en el fondo de las tripas. Alrededor de los siete u ocho años, empiezo a fumar. Robo dinero a mis padres y, sin ningún disimulo, me escapo al trote al estanco a comprar cigarrillos. Apesto a cenicero frío. Ya sea consecuencia o coincidencia, datan de esta época mis peores bronquitis. Para evitar males mayores, me envían un mes a una colonia de montaña a respirar aire puro.

Es algo horrendo. Por la noche, es tal el frío que hace que no paro de tiritar, envuelta en el edredón verde indefinido que mi padre utilizaba en el servicio militar. Sin tener plena conciencia de lo que hago, algunas noches me arrimo a mi vecina de cuarto y, por la mañana, nos encuentran con los cuerpos pegados. El veredicto es que soy sonámbula. Pero el problema es otro. En realidad, aspiro a que alguien me reconforte y desenrede este lío aterrador que son mis pensamientos. Tengo la sensación de ser diferente de los demás, de ser una criatura extraña. Veo que las cosas que ocurren en mi casa no son normales, aunque no me atrevo a decírselo a nadie.

«Los demás no lo entenderían.»

Esa frase de mi padre me tiene amordazada. Ese secreto nuestro y los demás secretos —mi hermana que me agota, mi madre que me ignora— son un conjunto de cosas que forman una bola putrefacta que tengo atragantada sin conseguir tragarla y que me hace sentir diferente de los demás niños. Yo, que en la escuela estoy al frente de la tropa que conduzco como capitana del recreo, cuando estoy entre desconocidos me siento tímida y salvaje. Veo que los demás se divierten y yo me quedo en un rincón, incapaz de hacer amigos. Permanezco al margen de todo lo que ocurre. Hasta que una tarde decido fugarme. Como no hay nadie que se preocupe por mí, tengo la osadía de abandonar la colonia y de trepar montaña arriba. Me siento en una roca y, con la cabeza apoyada en las manos, opto por esperar. Que me busquen, ¡y que me encuentren! ¿Se preocuparán por mi ausencia? La respuesta es sí. Pasadas unas horas, veo a

los monitores presa de agitación. Desde el nido de águila donde me encuentro, veo arremolinarse a las hormiguitas que buscan a Isabelle. Por fin me encuentran y el alivio que sienten me procura un secreto placer hasta que me reúno dócilmente con los demás compañeros para cenar.

Es la primera fuga de mi vida, pero no será la última. Los hurtos, los cigarrillos, las peleas, los disfraces y los pipís en la cama son gritos desesperados que lanzo inconscientemente, pero que no oye nadie. En casa, mi madre se siente desbordada. No sólo debe atender la tienda, sino que a mi padre un buen día le da un nuevo antojo. El capricho en cuestión se llama Martine, una señorita guapa a rabiar de la que se enamora. Martine ocupa una habitación del castillo donde, de vez en cuando, van mis padres para montar a caballo. Es allí donde la descubre, la corteja y donde, con su pico de oro, la conquista. Sin embargo, en lugar de limitarse a un banal adulterio, el señor Renaud Aubry pica más alto. Tratándose de quien es, está convencido de merecer lo mejor. Si dispone de dos mujeres que se ocupen de él, mejor que mejor. Por tanto, cuando un buen día mi madre sorprende a su marido y a Martine en plena faena, mi padre le anuncia sin más preámbulo que tenga paciencia porque Martine se quedará a vivir en casa, tanto si le gusta como si no. ¿Acaso tiene otra opción? Mi madre tiene dos hijas de corta edad que alimentar y, si se queda sin marido, al mismo tiempo se queda sin dinero, porque la tienda donde trabaja pertenece a mi padre. En resumen, Marie está entre la espada y la pared. Y a lo mejor piensa en secreto que así no tendrá encima tan a menudo a su esposo si éste se divierte con Martine. En cualquier caso, me encuentro con que a partir de un determinado día tengo dos madres bajo un mismo techo.

Pero no me quejo, sino todo lo contrario, porque Martine me sirve en bandeja todo lo que me niega mi madre, es decir, tiempo, cariño, mimos. Hablamos largamente, nos hacemos cosquillas mutuamente y a veces, por la mañana, me hace unos peinados maravillosos que dejan verdes de envidia a mis compañeras de clase. Normalmente, los fines de semana me aburro soberanamente debido a que mis padres coinciden en el mismo sitio en el mismo momento y, por una simple nadería, la con-

versación degenera en discusión. No hay duda de que se origina en esta época el odio invencible que me inspiran los domingos. Pero desde que Martine vive con nosotros, ese día maldito transcurre con la rapidez del rayo, porque vamos al bosque a hacer comidas campestres y paseos a caballo. A veces enchufamos la radio y nos lanzamos las dos a una sesión de charlestón endiablado. En este extraño periodo, parece como si mi madre se empeñase en poner al mal tiempo buena cara. Cuando está en la tienda, puede confiar en Martine para que se ocupe de las crías, lo que a ella le encanta y a mí, más. A ojos de la gente, de la clientela y del vecindario, guarda las apariencias y miente como una bellaca limitándose a decir que Martine trabaja en casa y le da alojamiento, sin añadir más explicaciones. En privado, esposa y amante se llevan correctamente o por lo menos lo suficiente para acostarse las dos con mi padre a cualquier hora del día o de la noche.

34 Una noche, a las dos pollitas se les ocurre ir a bailar y dejar solas en casa, como de costumbre, a las dos mocosas. Pero Renaud, único amo y señor de la casa, no quiere ni oír hablar del plan. Precisamente esa noche se siente casero y prefiere quedarse con su harén. Las palabras suben de tono, pero las damas no por ello se desinflan, ya que se salen con la suya tras dejar a mi padre en la estacada. En plena madrugada, a eso de las cuatro, me despiertan unos alaridos de inusitada violencia. Mi padre ha esperado a sus mujeres buena parte de la noche y entre tanto se ha ido macerando en su propia salsa. Está furioso. Rabioso cuando vuelven, las persigue por toda la casa para enseñarles a divertirse sin él. Yo me acurruco en la cama y espero a que amaine la tormenta. Pero no es así. A los gritos suceden los golpes y a éstos los disparos. Al final me duermo después de haber estado temblando hasta el alba... Al día siguiente, a la hora del desayuno, sorprendo a las supervivientes, mi madre y Martine, con una sierra para metales en la mano, ocupadas en serrar en tres trozos la escopeta de caza de mi querido papá. Mi madre tiene el rostro tan hinchado que no puede ir a la tienda. Preocupada por el qué dirán, Marie prefiere guardarse para sí los variados avatares de su vida conyugal.

No recuerdo si mi padre, durante el episodio Martine, prosiguió sus toqueteos. Tal vez lo hizo o tal vez no. En todo caso, este periodo de mi vida se mantiene como un maravilloso paréntesis que, por desgracia, no tarda en tocar a su fin. Mi madre, sumisa pero no idiota, no tarda en cansarse de su sádico marido, ese hombre violento y bígamo. Pasados unos meses, pues, denuncia el adulterio y un día que salimos a hacer una comida campestre junto al río Odet, Martine me anuncia que se va.

—Más adelante, cuando seas mayor, lo entenderás —me dice.

Aquel día lloré todas las lágrimas de mi cuerpo. Yo quería a Martine y ahora volvería a encontrarme sola con mis padres... y a la merced de mi padre. Eso pensaba yo por lo menos, pero él se fue a vivir con su Martine dejando abandonadas a su mujer, a sus hijas y su tienda, que en aquellos tiempos arrastraba una deuda de ochocientos mil francos. Una mañana mi madre siguió sus pasos, huyendo sin duda de los acreedores y de la humillación pública del adulterio y abandono. Yo estaba entonces en el nivel CM1 de la escuela primaria —equivalente a cuarto de primaria en el sistema educativo español—. Mi madre fue a recogerme en coche con las maletas en el portaequipajes. En un minuto perdí la casa, la escuela y los amigos.

35

Nos instalamos todos en Brest, mi madre en un barrio tranquilo, mi padre y Martine junto al puerto. Éstos tienen un bar, el QG, frecuentado por los estibadores. Es un ambiente que encaja que ni pintado con mi padre, ya que allí puede satisfacer su sed de peleas. Gracias en parte a la cerveza, las noches terminan en borracheras acompañadas de golpes y lesiones o peor aún. Una noche particularmente agitada mi padre dispara una bala de gas lacrimógeno a un cliente y le da entre los ojos. Ignoro si, de resultas del hecho, queda ciego o se libra de la desgracia; lo que sí sé es que a mi padre le tiene completamente sin cuidado el hecho en cuestión. Escudado en la noche, huye a París, donde se instala. Se acaban, pues, Brest, Martine y el bar de estibadores... Después de ese rocambolesco episodio, mis padres hacen las paces y se reanuda para mí la pesadilla. Yo, que me sentía tan

inmensamente contenta creyendo que mis padres ya no volverían a encontrarse nunca más en una misma habitación ni se insultarían y arrojarían los platos a la cabeza, caigo de las nubes cuando me entero de que se han reconciliado. Y de algo peor aún: de que mi padre no ha cambiado ni un ápice. Mandón y colérico como siempre, continúa interesándose además por su hija número uno, o sea por mí. Cuando comienza a revolotear a mi alrededor entro en la fase de silencio y me anulo por completo. Procuero no hacerle enfadar, pero tampoco despertar su interés, aunque sólo consigo a medias mis propósitos.

36 Debo de tener nueve años y estamos de vacaciones en la costa española. Hace calor y estoy con él en la playa. Detecto sus intentos de acercármeme, quiere tocarme. ¡Que me deje tranquila de una vez! Me arrojo al mar para evitarlo, pero me sigue, se burla de mí, busca el contacto. Yo nado todo lo veloz que puedo, sin aliento, pero con decisión, aunque llevo a mi padre pegado a mis talones. ¿No va a calmarse nunca? Siento que sube una cólera inmensa en mi interior. ¿Por qué tiene que fastidiarme de ese modo? ¿Lo merezco acaso? ¡Estoy hasta la coronilla de sus caricias constantes! Nadaré kilómetros y más kilómetros, me ahogaré si es preciso, pero esta vez no voy a dejar que me toquetee. Aunque muerta de miedo, rompo los diques que he construido con tanta paciencia y el odio me desborda.

—Como sigas así, se lo cuento a mamá.

Eso le grito, roja de rabia, y sigo nadando mar adentro. Aunque esto le haga daño, aunque acabe con nuestra familia, como él viene diciéndome que sucederá, estoy dispuesta a cargármelo todo. Soy capaz de cualquier cosa con tal de que esto no siga.

Ahora que lo pienso, ese día debí de pegarle un buen susto, ya que mis palabras me procuraron el más precioso de los descansos. ¿No sería que mi padre, en un abrir y cerrar de ojos, se vio no sólo rechazado por su mujer, sino con las esposas en las muñecas? Posiblemente. Todavía recuerdo su expresión alterada, la rapidez con que me volvió la espalda y se fue nadando a la playa. Gracias a este furor que me salió de no sé dónde me dejó tranquila, por lo menos un tiempo. El recuerdo de sus to-

camientos morbosos se escondió en algún recoveco de mi memoria y allí se quedó, muy oculto, perfectamente camuflado, e hizo aflorar el amor que yo tenía a mi padre y me hizo olvidarlo todo.

Sucy-en-Brie, Alfortville... voy cambiando de localidad, de apartamento y de escuela al ritmo de las sucesivas mudanzas de mis padres. El estado financiero deja mucho que desear y la familia no tarda en verse confinada en un estudio. La relación de mis padres se deteriora a ojos vistas. Un buen día me los encuentro en la cocina intentando hacerse pedazos; llueven los golpes y mi madre empuña un cuchillo... Mi padre sale de casa dando un portazo y asunto terminado: papá y mamá acaban separándose, esta vez para siempre. Mi padre se va a vivir a Fontenay-sous-Bois y mi hermana, mi madre y yo nos mudamos a Maisons-Alfort. Y mi vida se transforma en un verdadero infierno.

De día, mi madre trabaja como vendedora en una tienda de electrodomésticos. Por la noche, sale sin que yo sepa donde va, seguramente en compañía del amiguito de turno. De repente me encuentro con mi hermanita en brazos desde la mañana hasta la noche y desde la noche hasta la mañana. Me encanta Camille, sus sonrisas me embelesan, sus gestos me dan risa... ¡pero qué carga inmensa para mi espalda! Voy a buscarla a la escuela y le hago hacer los deberes, la lavo, le doy de comer, hago la compra. Algunas noches, mi madre me deja cincuenta francos en la mesa de la cocina y una notita: «Para comer. Volveré pasado mañana».

Son palabras que me desesperan. Echo de menos a mi madre y estoy harta de hacer de ama de casa y de canguro. Mi hermanita, mi amorcito, acaba por fastidiarme. Además, tengo que hacer de madre sin haber tenido nunca un modelo fiable que imitar. Por eso mi Camille me toma el pelo. A veces me ataca tanto los nervios que le arreo unos soberanos cachetes. Tengo que exculparme diciendo que no estoy a gusto en mi papel porque la soledad me pesa enormemente. No hay nada que me interese,

tengo pocas amigas en la nueva escuela, no dispongo de ninguna persona adulta que me dirija y, a mis nueve años, ese incesto que mantengo oculto ha comenzado ya su labor de zapa. Me doy cuenta de que no soy la misma de antes, de que estoy convirtiéndome poco a poco en una mujer. No me gusta mi cuerpo: es demasiado grande y gordo, demasiado todo. Así pues, a la salida de la escuela, dejo sola en el apartamento a mi hermana de tres años y doy la vuelta a la manzana corriendo hasta que estoy sin aliento con el solo objeto de eliminar calorías. Mientras ella cena, yo me contento con un plátano o una manzana. Estoy dando los primeros pasos en el círculo que recorren las anoréxicas.

A mi padre, en cambio, las cosas parecen irle bastante bien.

38 Ha reorganizado su vida con una tal Monique y vive con ella y sus dos hijos en Fontenay-sous-Bois. Como tiene derecho a visitarnos, lo veo de vez en cuando. Aún hoy día, me fascina comprobar hasta qué punto la niña que fui entonces se empeña en ocultar los capítulos más negros de nuestra historia común. A los nueve o diez años, hago por ignorar sus caricias inmundas. Ahora sé que ese escamoteo que hace conmigo mi memoria tiene un nombre: negación de la realidad. El incesto es lo increíble, lo inconcebible, lo imposible convertido en realidad. Es ni más ni menos que vuestro papá querido os viola una noche y al día siguiente os hace una carantoña. No queda más remedio que suicidarse u olvidar, ya que la criatura así atropellada no tiene otra alternativa. Por tanto, escondo el incesto debajo de la alfombra y ya veremos qué pasa. Mi cuerpo se desbarata, mi espíritu flaquea, pero aguanto gracias a negar el delito de que soy objeto. Levanto un muro entre el horror y yo. Es un agujero negro que me protege y, aunque la sombra sigue allí, la mantengo a distancia. Si mi padre continúa amedrentándome, su nueva casa me parece menos desagradable que la mía. En su apartamento hay vida, juguetes y dos compañeros que me van domando progresivamente. Se trata de Romain y Jérôme, los hijos de Monique. Son algo mayores que yo y los tres nos lanzamos a jugar largas partidas de cartas y hacemos los deberes codo con codo. O sea que, aparentemente, la casa de mi padre alberga una familia de verdad. No es como la de mi madre, donde

me corresponde el papel de criada. Con Monique hablo de la soledad en que vivo y de la carga que representa mi hermana para mí. Supongo que se compadece al verme tan desgraciada y propone a mi padre que vaya a vivir con ellos. Como es lógico, mi padre acepta. Su amada hija al alcance de la mano y él convertido en patriarca de una familia recompuesta. La cosa no puede ser mejor.

Este nuevo nido, el apartamento de mi padre y de su compañera, me causa una tremenda envidia. Tengo la sensación de que, en esa pequeña tribu, me sentiré como pez en el agua. Pero mi madre está sorda de este oído y tiene otros proyectos para mí. Como ha visto que estoy cansada de tanto estar sola con mi hermana, me plantea una alternativa:

—Creo que te convendría pasar un año en un pensionado, Isabelle. Tendrías amigas y estarías con personas adultas que te orientarían...

¡Ni hablar! Yo quiero que me tengan en cuenta, deseo vivir con una familia de verdad, no que me encierren en una cárcel. Me imagino viviendo en un cole lleno de celadoras vigilándome y sin mis compañeras de clase. ¡Qué horror! El día en que me viene a buscar mi madre para llevarme al pensionado me doy a la fuga y me refugio en la comisaría. Se reúne conmigo mi madre, en tanto que el juez, reclamado por los policías, confirma que ella tiene autoridad en mi vida. Vamos, pues, directas al pensionado. Al llegar a la verja que da entrada a la institución y aprovechando que mi madre está de espaldas, echo a correr pies para qué os quiero y tienen que perseguirme y conducirme a la fuerza para volver a desaparecer después de nuevo. Percatados de mi tozudez, mi madre y el juez acaban por ceder, se realiza una investigación social y mi padre obtiene la custodia de mi persona. Acabo de iniciar el sexto curso cuando hago las maletas para ir a vivir a casa de mi padre y de su nueva compañera.

Entonces no lo sé, pero he vuelto a arrojarme en la boca del lobo.